



LA UNIVERSIDAD A LA LIGERA

En los últimos días ha saltado a los medios de comunicación la noticia de que el equipo de gobierno de la Universidad de Salamanca se plantea reducir de 22 a 8 las facultades y escuelas y de 63 a 30 el número de departamentos. Según parece, intenta con la medida conseguir un recorte en los gastos, concretamente de 1,8 millones de euros al año. Este lunes, en el seno del Consejo de Docencia, los decanos y directores de centros rechazaron la propuesta, a la par que mostraban su disconformidad por el modo en que desde el Rectorado, en su opinión, se había llevado el asunto, con precipitación, cierta imprudencia y sin el debido consenso.

José Ángel Domínguez, el Vicerrector de Política Académica ha tranquilizado los ánimos, asegurando que se trata de un documento para el debate e interpretando en clave positiva la polémica. Si mis informaciones no fallan, en efecto, la iniciativa ha sido elaborada tras algunas reuniones previas con representantes de centros y ojalá, con el espíritu constructivo de unos y otros, se reconduzca el asunto. Más nos vale.

Otra cosa, sin embargo, es la percepción que tiene buena parte de la comunidad universitaria, presa del desánimo, para quien estos episodios manifiestan desorientación, demasiada ligereza a la hora de trazar el rumbo. Y así, apenas habíamos comenzado a implantar la dudosa reforma de Bolonia (con gran esfuerzo administrativo y escasa o nula confianza en los resultados), cuando nos vemos embarcados en otra aventura: una reordenación completa de la Universidad según el modelo de otras academias cuyas cir-

LOS ESQUINOS

MANUEL AMBROSIO
SÁNCHEZ SÁNCHEZ
PROFESOR DE LA USAL



cunstancias no son las nuestras y que, de paso, nos retrotrae a épocas del pasado (cuando toda Filosofía y Letras se albergaba en Anaya) que guardan poca relación con las actuales; a no ser que se quiera colaborar, y confío en que no sea el caso, con ciertas dinámicas interesadas en devolvernos a aquellos tiempos. Es probable que este cansancio por la sucesión de planes o de proyectos que no llegan a consolidarse explique, en buena medida, el desinterés de docentes, estudiantes y personal de administración y servicios hacia cualquier anuncio de "cambio". El universitario puede entender



que el ritmo actual de los tiempos exige reacciones ágiles, pero, por lo mismo, demanda que sean prudentes y que perduren.

Se quejan los decanos de que al conjunto de la comunidad universitaria se la ha informado poco o nada respecto a esta propuesta para la reordenación de centros, que éste no parece el momento oportuno de hacerlo (la Junta de Castilla y León todavía no ha aprobado el nuevo mapa de titulaciones) y que el presunto ahorro es irreal. En

efecto, ¿en qué estudios se basa este ahorro?, ¿vale medir el ahorro por la merma de servicios?; y si vamos al meollo semántico del término, ¿qué significa, en verdad, la palabra *ahorro*? Sin ese componente previsor y reflexivo que es consustancial al ahorro, éste no merece tal nombre (bajo esa voz, hoy en día, se encubre de todo, inercia y derroche incluidos).

La propuesta de aglutinar centros para "ahorrar" en la partida de los complementos que perciben decanos, directores y sus equipos respectivos me recuerda la peregrina idea de eliminar concejales (que no cobran en la inmensa mayoría de las ocasiones) para reducir gastos a los ayuntamientos; porque esos complementos son moderados, cuando no insuficientes, y es de ordinario el sentido de la responsabilidad y la voluntad de servicio la que explica el ofrecerse para esos cargos. A poco que se conozca el trabajo que significa ocupar la secretaría de un decanato, por ejemplo (esa locura de la elaboración de programas, horarios, distribución de aulas...), se entenderá la perplejidad que le embarga a uno ante la idea de la agrupación de facultades.

Sin duda existen disfunciones en el actual modelo organizativo, que habrá que ir resolviendo sin que eso implique poner el sistema patas arriba. Argumentar que la creación de macrofacultades o macrodepartamentos, aun cuando los intereses sean diversos, hará más visibles los centros resultantes no parece un argumento válido: desde luego, un elefante es muy grande, pero gorjea con muy poca finura. Claro que, dado el tamaño y llegado el caso, será más fácil abatirlo... ▮